

LOS FILMS DEL FAR-WEST



UNA NOVELA COMPLETA EN CADA CUADERNO

N.º 8

EL VALLE DEL MISTERIO



—¿Dime qué has hecho de tu caballo?

EL VALLE DEL MISTERIO

(Novela cinematográfica inspirada en la película del mismo título)

SELECCIONES CINÉAS

1
Eras muy cansado, Pedrin?
— ¡Mucho, querido tío Carlos.

— Te llevaré auestas el resto del camino! — propuso el arrogante y guapo mozo que, acompañado aquella mañana por un muchacho de doce años, caminaba por un escabroso sendero, debajo del cual se extendía un valle de aspecto inhóspito y siniestro.

Mercedamente se le llamaba el Valle del Misterio, no ya sólo por su apariencia salvaje y terrible, sino por las horrendas cosas que de él se referían.

Otro hombre menos intrépido que Carlos Masters, nuestro viajero, de corazón menos templado y valiente para los peligros, a buen seguro que se habría abstenido de visitar tan lúgubre paraje.

¡Cuántos, como él, habían hollado con su planta aquellos escabrosos y abruptos senderos, con el alma plena de esperanza, halagado el pensamiento por las perspectivas de riqueza y bienestar más brillantes, en la plenitud de la fuerza y de la vida, y ya no se había vuelto a saber nada de ellos, como si los hubiese tragado un abismo!

Allí, entre aquellas montañas solitarias y silenciosas, habían descubierto para siempre. El oro que dormía en las entrañas de aquella tierra de la cual ni un solo palmo revelaba el cubierto y el afecto del hombre, les había sido funesto.

Sébia está nuestro viajero; conoce los espantosos hechos que referirá brevemente, pues un hermano suyo, buscador de oro, lleno de audacia y de valor, había desape-

rocido en aquella región, y para buscarlo incansablemente hasta encontrarlo vivo o averiguar noticias concretas y exactas de su muerte, había emprendido aquel penoso viaje, con su pequeño sobrino, cruzando estepas, bosques y montañas que raras veces hallaba la planta del hombre.

Por fin, como hemos dicho al principio de nuestro relato los ojos de nuestros viajeros divisaron el Valle del Misterio. Media hora más de camino y se encontrarían en él.

Les faltaba tan sólo uno encontrar a metros para su arribada cuando los ojos de Carlos distinguieron, a la entrada de una caverna, a un ser por demás extraño que, agazapado en el suelo, excavaba la tierra afanosamente.

Un sentimiento de alegría invadió el corazón de Carlos Masters, y con la faz resplandeciente de júbilo dijo a su pequeño compañero de viaje:

— ¡Pedrin querido, tal vez ese hombre pueda darnos alguna noticia que nos guíe y oriente! ¡Acuéquemonos!

Unos momentos después, Carlos dirigía a aquel habitante de tan grandioso y solitario paraje, un cordial saludo:

— ¡Buenos días, amigo!

Suspendió su trabajo el inquietante personaje y quedóse mirando de hito en hito a los recién llegados, sin pronunciar palabra.

Luceo, tras balancear su enorme cabeza, balbuceó:

— ¡Busco oro! ¡Busco oro! ¡Tóm el Tesoro encontrará oro.

Estas escasas palabras, recordadas con avidez por el oído de Carlos, dieronle a comprender que se las había con un ser extravagante, con

un misero sujeto cuyo cerebro había probablemente obsesionado la febre y la ambición de riquezas.

—Sin embargo insistió:

—¿Escucha usted, buen hombre! ¿Podrá decirnos en qué sitio de este paraje existe una mina de oro abandonada hace mucho tiempo?

El rostro nudo bromeó un instante y, suspendiendo de nuevo su tarea, levantó el rostro, feo y amatazador.

—Tanto el Tonto no sabe nada, no quiere a nadie, no percibe otra sonda en el del oro. ¡No oye ni los ruidos del trueno, ni los bramidos del trueno, ni los gritos de las hambres! ¡Solo come y ama el oro! ¡Marchaos! ¡Dejadme bascael!

Pedrin, a quien la reciedad de aquel desequilibrado le infundía una especie de terror, dijo en voz baja a su tío:

—Vámonos, querido tío; me da miedo este hombre!

Meditó unos instantes Carlos, examinando con ávida mirada las cercanías, y luego declaró:

—Verdaderamente, no ha sido muy afortunado nuestro encuentro con el primer ser humano con quien hemos topado en esta desolada y salvaje comarca!

—¡El indio es bardo, y por añadidura, más sordo que una tapia!

—Sin embargo, estoy cierto de que nos hallamos en el *Valle del Misterio*, al que visitó hace un año un desgraciado hermano, y en el cual sin duda dejó los huesos...

—Supongo que no será este desdichado y extravagante individuo el único ejemplo humano que hubiere en estos parajes.

Preocupándose estas palabras Carlos alejóse unos pasos, seguido de Pedrin, que se revolvía de vez en cuando para mirar al perturbado narrador de oro, que su muchacho y sus pocos años equiparaban a un español negro de las fábulas infantiles.

A poca distancia, el declive de

una colina, por el que discurría una corriente de agua pura y cristalina, entre unas peñascoas oscuras, cerca de las cuales la suave brisa hacía unos menguados arbores, parecidos a Carlos el propósito para descansar unas horas.

—¡Acamparemos allí — dijo —, y mañana continuaremos nuestras pesquisas!

—¿Y pasaremos la noche?

—Sí. No tengas miedo alguno. Mi buen revolver mantenido por mi mano, porra pocas veces el blanco, y como estoy bien provisto de municiones, son muchos los enemigos. Interrumpióse porque en aquel momento su mirada de halcón percibió, a lo lejos, en una pequeña llanura, que se extendía entre las estribaciones de dos montañas, varias figuras humanas y un loco y primitivo edificio.

Un grito de alegría se le escapó de los labios y extendiendo el brazo en aquella dirección, exclamó:

—¡Genial! ¡Allí hay personas! ¡Allí viven seres humanos! ¡Sin duda, es un rancho! ¡Aunna, Pedrin!

Mientras tío y sobrino se acercaban al rancho que se divisaba en lentamanza, se desarrollaba en este una escena de intenso interés.

En el fondo del rancho Aleja Panikowich, hombre de unos treinta años, de carácter brutal y pasiones incóntinentes.

Con él vivían los hermanos Boris y Olga Oshirinov, ambos hijos del antiguo propietario del rancho, que, al traer, hombre tonto de sus dos castaños al brutal Panikowich.

Emmascado de la belleza y la juventud de la muchacha, quien obligaría a ser su esposa por la fuerza, y la obstinada resistencia, o mejor dicho, la repugnancia que le demostraba la hermosa criatura, no hacía más que exacerbar sus feroces instintos.

La noche anterior había mediado entre ambos una violenta discusión, durante la cual el infame Pan-



... retorcidos como puros tabuleadosos...

Iosich llegó a matricular a la niña
a andalésa crulosa.

Su hermano Boris estaba visiblemente del canche, representando al insubordinado avanzando la noche.

Pero a la mañana siguiente, apenas pudo hablar con él la adriática hermana, víctima de los neuróticos con voz entrecortada por los sollozos, sustituyendo la joven que se abalanzaba para recibir y cuanto antes de aquel lugar.

¿Imposible acceder a su deseo, Ota que cosa?

— ¿Por qué?

— No lo sé, ¿verdad? ¿No reconoces la afilada voluntad de nuestra venerada madre? ¿No nos miró el ojo exultante vos, cuando me dijo Paulovich, que vivieramos aquí, hasta nuestra mayor edad, pues esta fuerza sobre vosotros con nosotros, y nosotros también la mira de oro del Vado del Matadero?

«¿Cómo desahogar ese deseo, cómo renunciar a una herencia tan sagrada?»

Por toda respuesta la hermosa Ota echó un profundo suspiro.

Y fue a decir algo, cuando un anciano escabullido fue demandado por una expresión de espanto.

En el umbral de la puerta del momento en que los dos hermanos sostuvieron el corto diálogo que hemos referido, acababa de aparecer la temible y poderosa figura de Paulovich.

El miserable envolvió a los dos hermanos en una mirada de desdén, y con su voz bronca y burlesca, exclamó:

— ¿Puedo yo saber lo que habláis con tanto sigilo y misterio?

Boris, poniéndose en pie como imparable por un resorte, avanzó unos pasos hacia su infante tutor

y con acento vibrante de cólera respondió:

— ¡Sí, lo viése usted saber! Mi hermana me lo había que amado la trató nubló como un zurrillo, como un cobardo!

— ¿Cómo vacía usted a usted, la...!

— ¿Que harás tú, despreciable muñeco?

— ¿Qué haré?

— ¡Sí!

— Tan cierto como quiero a Olga más que a todas las cosas y personas de la tierra, tan cierto es que lo mataré a usted!

Paulovitch accedió con una risotada estas amenazadoras palabras.

— ¿Por quien soy que me divierte en lugar de enojarme lo hacer, insensato monstruo? ¿Demasiado a mí! ¡Ah, ah! ¡La verdad es que voy a reírse hasta el fin de mis días! Tu arrogancia es tan grotesca como la del simio que reíse a un león!

— ¡Sin embargo, como a pesar de saber quien soy yo, no me conoces bien todavía, voy a ocurrentarte, dándole una lección ejemplar!

Esto diciendo levanto el brazo, dejando caer su puño cerrado sobre el pecho de Boriz, que retrocedió unos pasos tambaleándose y gritando de rabia y de dolor.

Seguidamente sacó el revólver y, encañonándolo contra su desigual enemigo, vociferó:

— ¿Cómo he me un solo movimiento, pronuncie una palabra injuriosa o de amenaza, te mato con cu balaz en el cuerpo!

Olga, con una abnegación y un heroísmo sublimes, se interpuso entre el arma y su hermano, escuchando a éste con su cuerpo estatuado y virginal, diciendo:

— ¿Es usted el malvado... un cobardo?

— ¡Y, además — replicó Paulovitch con sorna — tu futuro esposo!

— ¡Jamás! declaró Olga — ¡Antes prefiero cien muertos!

— ¿Bah! Dentro de ocho días, tra-

da fascicilla, será la novia más envidiada y amada del mundo. Me desolamente hermosa, porque desolamente me debes, lo mismo que la hermosa! ¿Acaso me soy vuestro hijo?

— ¡Es usted nuestro hijo!

— ¡Silencio! ¡Que pasen! ¿Quién puede venir aquí sin que yo lo sepa de antemano?

Posteriormente que habo estas palabras, se encaminó fuera la puerta.



Sorprendido y despreciado.

ta: poco antes de llegar a ella, arrojó la arrogante figura de Carlos Matur.

Paulovitch lo miró de arriba abajo con el rostro fruncido, preconiéndole desabridamente:

— ¿Quien es usted? ¿Qué hace usted?

— ¿Pueda darme usted algunos informes sobre el Valle del Mirro y, particularmente, acerca de cierta mina de oro abandonada?...!

Paulovitch reflexionó un momento, luego, dirigiendo una recelosa mirada a los dos hermanos que estaban juntos y conversaban en voz baja, respondió al inesperado visitante:

— ¡Nada puedo decirle a usted, no eran cosas de sirviente — me han sido muchos los hombres, me han robado el oro de la mina, dejaron su pedimento el valle!

— ¡Salude esto, desde nada bien

lo que ha de hacer?... Yo no puedo ser más explícito ni tengo más tiempo que perder...

Carlos no quiso insistir. Sentía en lo profundo de su ser una repentina y fuerte antipatía, casi odio, hacia aquel hombre que se expresaba de un modo tan jactancioso y dominador.

En cambio, le bastó ver la coxal y bochicera figura de Olga para experimentar hacia ella una avasalladora atracción.

—¿Podrían darnos aquí algo de comer, pagando por supuesto?

—Naturalmente. Esa joven las atenderá a ustedes! —repuso Paulovich marchándose.

Carlos y el muchacho sentáronse a una mesa fresca, en la cual Olga fue dejando los escasos manjares que podía ofrecer...

Anhelando tener conversación con tan hermosa criatura, Carlos Masters dijo, luego de curiosear en silencio un trozo de pan y un pedazo de carne:

—¿La verdad es, señorita, que los escasos informes que me ha dado el hombre que le satola de aquí hace un cuarto de hora, no son muy halagadores? Pero... supongo que habrá cierta exageración en sus palabras...

—¿Exageración? ¡No, por cierto! —le apresuró a concluir Olga.

—¿De manera que el Valle del Misterio... y, sobre todo, esa antigua mina de oro... son una especie de palacio encantado donde poseen cuantos se atreven a entrar en él?

—¡Exactamente, señor! ¡Ningún aventurero ha salido vivo de este siniestro valle!

—Entonces yo soy el más afortunado —declaró Carlos Masters sonriendo—, porque saldré sano y salvo de él!

—¿Luego está usted decidido irrevocablemente a proseguir sus pesquisas?

—¡No me harían desistir de ese propósito una legión de diablos, señorita!

La hermosa Olga echó un profundo suspiro y se volvió a su hermano que, en un rincón del aposento, sentado en un rustico banco, tenía la cabeza apoyada en las manos.

Los dos jóvenes cambiaron unas cuantas palabras en voz baja, apocadosos después ambos a los viajeros.

—Si tan resuelto está usted a ir en busca de esa mina —dijo Olga sin más preámbulos—, recomiendo también a nosotros... a mi hermano y a mí.

Sus bellas y varoniles facciones reflejaron un asombroso mandado. Sin dudar aspiró cualquier cosa que pasase tan incógnita petición.

Escribiendo por la curiosidad, preguntó:

—¿Y por qué quieren ustedes venir conmigo, sin ni siquiera conocerme ni saber quién soy? ¿Qué interés pueden tener ustedes por hallar una mina que tan funesta suele ser, según...? ¡ha dicho usted, señorita, para cuántos la buscan?

El joven Boris intervino diciendo:

—En una la descubrió mi padre, registrándola a su nombre... Hicimos a nuestro lado para darnos la mina nueva. Bene de júbilo y de orgullo... Luego volvió a este valle, en el cual, según sus previsiones, estaba solo unos meses; pero en él se quedó para siempre... en el lo perdieron para siempre...

Pronunciadas estas palabras, los dos hermanos se quedaron mirando al audaz viajero con expresión suplicante y ansiosa, como si de la respuesta que dan a oír de sus labios dependía su propia vida.

Carlos Masters meditó unos momentos, al cabo de los cuales declaró:

—De buena gana accedería a su deseo, pero presiento que voy a emprender una aventura llena de riesgos y peligros, y no puedo consentir que ustedes los compartan. Es preferible que se queden ustedes aquí...

—¡Aquí es precisamente donde a mi hermano y sobre todo a mí, nos amenazan los peores peligros!

—¡Carlos! ¿Qué dice usted, señorita?

—Desgraciadamente, una dolorosa y terrible verdad! El hombre con quien ha hablado usted un momento apenas llegó, en un infame, un monstruo de vileza, una bestia repugnante... ¡Ah! Nuestro padre involuntario nos dejó al morir bajo su tutela, bien ajeno a pensar que sería nuestro verdugo!

Olga lo enterró en pocos palabras del execrable cuartavero a que estaban sometidos su hermano y ella, y los lentos tratos de que era víctima por negarse a ser su esposa.

—¡Protejanos usted, señor! ¡Ampárenos y sáquenos de este infierno!—terminó explicando la dolorosa criatura.

El pequeño Pedrín se apresuró a responder por su tío, exclamando:

—Hazlo, tío Carlos! ¡Defiende y ayuda a esta muchacha! ¡Ah! ¡Cuánto te quiero a ti, protector y amparas!

—¡Tú amas a mi, pequeño, y yo te obedezco! ¡Vendrán ustedes con nosotros!

Unos momentos después convinieron que la marcha tendría lugar al día siguiente antes del amanecer y con el mayor sigilo.

II

Comenzaba la primera luz del alba a blanquear la cerrazón de tinieblas por Oriente, cuando los cuatro aventureros emprendieron el camino.

—No sé por qué—dijo Olga alabando las tinieblas en todas direcciones—, tengo el presentimiento de que nos espían y acechan.

—Quizá hay hombres escurridos y astutos a Paulovitch tras aquellos planes e tendidos en aquella maleza que nos están esperando.

Carlos propuso entonces hacer un

reconocimiento por los alrededores, prometiendo reunirse en seguida con sus amigos.

—No se aleje usted mucho de nosotros—objetó Boris— y si le ocurre algún percance pida auxilio, hármelos, que acudiremos en su ayuda.

—¡Deshechen todo temor y quédense tranquilo— replicó con la sencillez peculiar a todos los hombres verdaderamente valientes.

—Yo quiero acompañarle, querido tío—exclamó Pedrín.

El andar y arrogante mozo levantó en alto al bravo muchacho y luego de besarle le dijo en voz baja:

—Te has de quedar junto a esta hermosa señorita, Peetrín, para velar por ella, ¿me comprendes, querido niño?

Esto diciendo, Carlos se alejó.

Por consejo de sus amigos, el enorme que tenían que emprender pasaba por delante de la guardiola del viento a quien la mañana anterior había a la puerta de su celda haciendo un hoyo en tierra.

Estrañado solamente Carlos de encontrarlo ya en pie a una hora tan temprana, se acercó a él; pero cuando solamente lo separaban de su madretera unos cuantos pasos vio surgir de entre unos peñascales al infame Paulovitch y otros hombres que, revolver en mano, lo recibían en el relampagueo de unos momentos.

Supercelido y desprecavido, Carlos no tuvo tiempo de recuperar su revolver.

La fría voz de Paulovitch ordenó a sus secuaces:

—¡Tornad a este majaderot! Ni un grito, ni un gesto, ni un quejas dar el salto de palas que te separa del infierno!

—¿Cómo buscas la mina de oro?

—Pues bien, por ahí se entra en ella—añadió extendiendo la mano hacia la guardiola del viejo idiota.

—¡Adelante! ¡Segueme, sumiso y obediente como un corderillo— ¡o sales colinas al pellejo!

—No podía llegar más a tiempo.



—¡Muros arriba, asesino!

Me hace falta un hombre joven y robusto como tú.

Mientras hablaba de este modo, cruzaba la entrada de la cueva; Carlos, indolente y rodeado por cinco onetistas cuyos revólvers le empujaban con el cañón, obligándolo



—Tú, el Tumbó, no vale nada...

a andar y obedecer, le seguía los pasos con expresión sombría.

Enfilaron un corredor que se abría al extremo de la cueva y llegaron que hubieron a una esplanada, a ambos lados de la cual se veían varias galerías. Pevlovich se detuvo.

—Ahora, escuchá bien lo que voy a decirte, y procura cumplir mis órdenes al pie de la letra bajo pena de muerte...

—Por no habérmis obedecido, ayer mismo maté como a un perro a un tal Masters...

Un grido que nada tenía de humano se escapó de "la garganta de Carlos.

EL VALLE DEL MISTERIO

Drama del Oeste interpretado por el insuperable

Tom Tyler
y el precoz artista
Frankie Dano

SELECCIONES
(INÆ)

Gran Vía Laetana, 33
BARCELONA



Aquellas bombas que siempre te habían obedecido...

—¿Qué has dicho, infame... qué hiciste ayer? ¿A quién asesinaste ayer, cobarda, monstruo?

Al mismo tiempo, haciendo caso omiso de las armas que le rozaban el cuerpo con la boca infernal de las bombas que lo agrietaban, y dando un salto increíble, se plantó ante Pevlovich.

Daba miedo ver su rostro contraído por una expresión de odio y de dolor sobrehumano, en el que sus grandes y negros ojos lanzaban chispas de fuego.

Transcurrieron unos segundos durante los cuales los onetistas de Carlos Masters, como

paralizados por el asombro, no pronunciaron una palabra.

Al mismo Pevlovich parecía que sus nervios y tendones, agudamente enlazados, no podían obedecer su voluntad, siempre cruel y sanguinaria.



Expiraría sin exhalar una queja...



Carlos Masters guardó silencio...

Se produjo una especie de tumulto al abalanzarse todos a la vez como la jauría contra el jabalí, intentando sujetar al enloquecido moro.

— ¡Pronto, asesino! ¡Dime qué has hecho de tu víctima!

«¿Por qué asesinado a mi hermano, Cain maldito?»

Esta última pregunta dió a comprender a todos la temeraria actitud del intrépido buscador de ven, cuyo tanto derecho cayó con fuerza irresistible sobre el pecho de Paulovich, obligándole a retroceder, dando un rugido de cólera.

— ¡Va del cielo! ¡Sujetad a este ballestero! — rugió con voz de trueno.

— No lo moléis aquí a tiros! Cuatro balazos le ocasionarían una muerte demasiado rápida y suave.

— ¡Te arrojare el corazón con mis manos, infame! — grito Carlos, intentando atrapar por el pescuezo al verdugo de su hermano.

Mal lo hubiera pasado el feraz Paulovich, si las zarzas de Carlos Masides, como ferocísimas herizas, hubieran hecho presa en su garganta.

Pero, afortunadamente para él, se le ocurrió a uno de sus hombres la idea de sujetar la cabeza de Carlos con la ayuda de su revolver, dejándole medio desvaqueado, con los brazos inertes y lo largo del cuerpo y las piernas estiradas como si se separan a sostener el peso de su cuerpo arrogante y atlético.

Cuando nuestro amigo, al cabo de un fugaz momento, ocultó su energía, se hallaba sólidamente amarrado.

Una ruidosa huchala resonó en la siniestra caverna, y secundariamente dijo Paulovich:

— ¿Cómo se hermano de Masides?

— ¡Pronto le requirirás con él en las infirmeras, adonde él ya ha dormido esta noche como un borrego!

— ¡Pero tú harás ese viaje por un camino más difícil y pedregoso! ¡A él lo moleré a tiros, como a un

perro rabioso!... ¡No quiero hacer ahora lo mismo contigo!

— ¡Maldito! ¡Cobardo, asesino! — vociferó Carlos forcejeando en vano por libertarse de las cuerdas que lo sujetaban.

— ¡Como ya de vomitar insultos incómodos! ¡Estás en mi poder y no hay fuerzas humanas ni divinas que te libren de mi castigo!

«Tú mismo has pronunciado tu sentencia de muerte, y tú mismo también serás quien la ejecute. De manera que has desempeñado el papel de juez y te resta cumplir el de verdugo.

Y ordenó a sus sicarios:

— ¡Llevallo allá!

Y Paulovich señaló un rincón delantro al través de cuyas resquebrajadas pene-tral, ya los maravillosos riques del Oriente.

— ¡Ponedlo con los brazos en alto y con una cuerda atada a ese gancho de hierro!

«¡Ah, ah! ¡Basta postura la haya, barbón! A buen seguro que no la soportarás una sola hora. Y ¿sabes lo que ocurrirá cuando la fatiga le obligue a bajar los brazos y tirar, por lo tanto, de la cuerda atada a ese gancho?»

«¡No, no lo sabes! ¡Como has de saberlo! Yo he lo voy a decir. Ocurrirá que harás funcionar el resorte de cierto mecanismo, haciendo estallar una bomba de dinamita que te hará pedazos.

«¿Qué te parece, pues, la suerte que te aguarda? ¡Sencillamente horrible! ¡No es cierto?»

Carlos Masides guardó silencio, sin alzarase lo más mínimo.

Salva que en aquella ocasión, como siempre, se cumpliera lo que disparato tenían las adargas fuerzas del destino o la voluntad de Dios, y consagrada en su noble y valeroso corazón una alta y santa causa.

Apenas lo hubieron juro, a manera indicada por Paulovich, su el anciano autor penetró un perso-

naje que no esperaban ni él ni sus
colardes enemigos.

Nos referimos al pequeño Pestein.
—¿Quién es este arrapero?— bar-
botó Paulovitch frunciendo el ce-
ño. — ¡Ah! Ya lo recuerdo. Lo vi
ayer en el rancho con este imbécil.
— ¡Tío, querido Sr. Carlos!—ex-
clamó el muchacho intentando acer-
carse al hermano de su padre.

Pero se lo impidió el brazo de
Paulovitch, cuya mano lo cogió por
un brazo.

Entonces, fijáronse bien en el des-
pejado rostro del muchacho, ex-
clamó:

— ¡Dinero! Este rapaz se parece
al muerto como una gota de agua
a otra.

El misero muchacho tembló de
los pies a la cabeza, mirando a
Paulovitch con los ojos desorbitados
por el horror.

Sonriendo como un demonio, el
antiestro mitero le preguntó:

— ¿Cómo se llamaba tu padre,
chaval?

En lugar de responder, Pestein di-
rigió sus hermosos e inteligentes
ojos hacia su tío, guardando silen-
cio.

— ¿No me has oído? ¡Tra del cie-
lo!— aulló Paulovitch sacudiendo a
la fríasel personalidad como un arbol-
lo zarandado por el huracán.

Entonces interrumpió el prisionero:
— ¡Su padre, miserable, era el in-
férrico que tú asesinaste ayer cobarda-
mente, traidoramente!

— Acabáramos! — dijo Paulov-
vitch. — Conque hijo de Jim Mas-
ters. ¡Perfectamente! Vienes como
amilo al dedo, muchacho. En la mi-
na hace falta un pequeño trabaja-
dor, y desde este momento quedas
confinado a trabajar en ella con pa-
ra mí hasta que revientes.

— Mirame bien! Yo soy Alejo
Paulovitch. Como no me obedezcas
claramente, te mataré a tiros como
mamá ayer a tu padre.

Las lindas facciones del misero
Pestein palidecieron espantosamente,
su cuerpo todo fue agitado por

un temblor convulsivo, y un débil
sollozo se escapó de su garganta.

Con los ojos arrasados de lá-
grimas volvió la cabeza hacia su
tío, cuyos rostros expresaba un dolor
indecible, y en el cual brillaban las
ojas con un fulgor asesino.

— ¿Cuándo y con quién has veni-
do aquí? — preguntó Paulovitch
con voz amenazadora, llenó su co-
ntorno de una sospecha.

El muchacho guardó silencio.
— Llévame a la mina!— barbotó
el misero. — Es de la misma
minera que su padre y no quiero
comer con él un desayuno en un
arroyo de cobras! Atácle a mi vista.

Uno de sus ayudantes horzados se
apresuró a obedecer.

De improvviso llegó a sus oídos
una voz oscura que también per-
cibieron los oídos de Paulovitch, el
cual, profiriendo una espantosa
blasfemia, atontado la cueva mi-
nada con dinamita.

— ¿Qué oscuridad?
En pocas palabras lo referiremos.
Marmoles Olga y su hermano
por la ferocidad de su valeroso pro-
prietario en unirse con ellas, y tem-
erosos de que hubiese ocurrido un
grave percance, decidieron buscar-
lo por las cercanías.

Los dos hermanos eran oprimidos
por amargos sentimientos.

A la incierta claridad minimal,
que iba gradualmente dando a las
cosas su verdadero contorno y co-
lorido, descubrieron de pronto algo
que los dejó paros de estupeor.

Escondidos en unos arroyos pe-
queños vieron al viejo de la gruta
gesticular vivamente con una per-
sona abstracción.

Esta persona era Paulovitch.
Boris y Olga se miraron con ex-
presión angustiada e interrogadora.
La presencia, a una hora tan in-
solita, de su cobardo y cruel verdugo
en la guarida del viejo idiota, y
el antedicho diálogo que con él se-
leaba, no presagiaba nada bueno
para el afortunado heredero de oro.

— Bien me dicen el corazón que

nos espían — murmuraron los tentáculosas labios de Olga—. Si nuestro amigo ha caído en poder de ese demonio con figura humana, quizá no vuelvan a verlo nuestros ojos...

—¿Que hacemos, querido Boris?

—Y en auxilio de nuestro protector.

—¿A la cueva de ese horrible brujo?

—Sí.

—Ya ha desaparecido en ella el maldito Paulovich—añadió la muchacha que no apartaba los ojos de aquella madriguera mientras conversaba con su hermano.



... agarrado por una de las antiguas venetas...

La coeta y ansiosa conversación que hemos transcrito, escuchada avidamente por Pedro, hijo adoptivo al narrar muchacho una decisión repentina.

Y apartándose de los dos jóvenes, que en vano lo llamaron resaca de la cueva, penetrando en ella sin que lo viese su espantoso guardián.

Cómo ya habrán imaginado nuestros lectores, el viejo habitante de aquella madriguera era un cómplice del infernal Paulovich, su brazo derecho, como vulgarmente se dice, y su sordera y su idiotex eran una pura farsa para ocultar mejor los criminales proyectos de su amo.

Se hallaba el supuesto idiota a la puerta de su antro cuando vio acercarse a Boris y Olga.

Entonces adoptó la actitud huraña y hostil que le era habitual.

Boris, apenas estuvo a su lado, le preguntó resoltamente:

—Oye, viejo farabuto, ¿dónde está Paulovich?

El astuto personaje encosóse de hombros...; pero sus ojos, y su fisonomía perversa y embrocadora, revelaron claramente que había oído y entendido claramente la pregunta que acababan de dirigirle.

Por lo cual, el hermano de Olga añadió con acento sarcástico:

—¿De modo, miserable, que tu sordera es una comedia, una farsa, una estafadura?

Los ojos del supuesto brujo brillaban con fulgor siniestro.

Su joven interlocutor le amenazó con un cuchillo, única arma que el cauto y perverso Paulovich se había descubierto en el rancho, pues sus numerosas cibles y pistolas lo tenía bien guardadas, y el malvado viejo, a modo de una fiera acurrulada, anhelaba encontrar un sitio por donde huir.

Ciertamente que pudiendo auxilio alenería en segunda tal vez a su amo que sólo el diablo sabía lo que en aquel instante estaría haciendo con el prisionero.

Quizá, como a tantos otros, lo expedía en un viaje sin regreso para el otro mundo.

Pero el miedo paralizaba su facultad de gritar, además de la creencia de que si gritaba, el arma con acerada hoja blandía Boris ante sus ojos; encontrase vaina en su decrepito cuerpo.

Su enemigo añadió:

—Te doy un minuto de tiempo para hablar. ¿Dónde está Paulovich y qué ha venido a hacer tan de madrugada a esta madriguera?

Esa última pregunta la percibió el aturdido, que saliendo del oscuro y angosto pasillo que daba a la

nueva, apareció ante los dos hermanos.

— ¡Paulovitch! — exclamó Olga con voz trémula de espanto.

— El mismo? ¿Te asusta verme, querida y hermosa paloma? — preguntó con sorna el taurido. — Y sin embargo, habrás de ser mía, mi esposa legal y abnegada, obediente y cariñosa.

— Pero no hablemos ahora de nuestro futuro y feliz enlace. Es prematuro tratar de ese asunto. Antes vamos a arreglar nuestras cuentas y entendernos de una vez para siempre. En cuanto a ti, muchacho, dijo a Boris — ya puedes tirar ese chisme inútil.

— Yo voy a saciar tu curiosidad. ¿No deseas saber qué he venido a hacer aquí?

— Pues bien, he venido a examinar un pobre bato, al inquisido buscador de oro que ayer se presentó en el rancho, y del que hoy, antes de amanecer, habéis salido vosotros con él.

— Como ves, estoy bien enterado de vuestras inocentes travesuras.

— ¿Qué imaginabais, infelices? ¿Arrestarme a mí, Alejo Paulovitch, la mina de oro que tantos incautos han buscado con el corazón lleno de codicia en este valle? ¿Tramabais, adonada, quitarme de en medio?

— ¡Bien merecen un castigo parecido tus viles infamias! — declaró Boris —, y la tendrán más tarde o más temprano.

— Día llegará en que la justicia de los hombres y luego la de Dios, más terrible e inexorable, te exija cuentas cuerdas de tus trimeces.

— No digas sandeces, muchacho. Alejo Paulovitch sabe nadar y guardará la ropa, y nunca jamás comparecerá como acusado ante ningún tribunal de la tierra.

— En cuanto a la justicia de Dios, ¿ah? ¡El Padrecito Eterno ni siquiera se cuida de los osos y los amores, las arañaciones y las luchas de los miserables mortales!

— Somos nosotros los que hemos de afanarnos por nuestro propio bienestar y nuestra ventura. Voy a invitarte a la concordia y la amistad. Si aceptabas mis proposiciones, no te quejas ni culpes a nadie de lo que pueda ocurrir, pues vosotros habrías sido los factores de vuestra desdicha.

— ¡Nada queremos contigo, miserable! — replicó Boris. — Nos has escupido, nos has robado e involucrado lo que es nuestro, la mina descubierta por nuestro padre, el rancho crecido con su esfuerzo y trabajo.

— ¿Estas son vuestras estúpidas exigencias? — bramó Paulovitch —,



— *La verdad es, señorita, que los excusas infames...*

— ¿Es posible que ignores que en este valle soy el amo, y que cuantos en él viven han de obedecer y someterse a mi voluntad?

— Nosotros, no!

— Ráloos... entonces... temblad, insensatos. Porque tan cierto como brilla el sol sobre nuestras cabezas, Alejo Paulovitch os romperá como si fuerais de vidrio.

— Pero no quiero llegar a ese extremo; no quiero mostrarme con vosotros, tan terrible e inexorable.

— Quiero, por el contrario, ser indulgente y generoso. ¿Por qué? ¿Ah, ya lo sabéis? En esa divina cara — anudó con sus párpitos inflamadas de lujuria fija en Olga —,

brillan unos ojos como dos luceros que han de mirarme algún día con amor.

— ¡Juro, hombre malvado de la estirpe de Cain! — declaró Oiga, irguiéndose como una lanza.

— Te digo — aulló Paulovich rechinando los dientes — que serás mía, completamente mía, eternamente mía. Y hoy mismo, antes de que el sol se hunda en su ocaso, has de hacerme esa promesa, jurando del modo más solemne cumplirla.

Seguidamente, el espantoso personaje llamó con su voz de trueno.

— ¡Aquí mis hombres!

Inmediatamente comparecieron varios de sus cómplices y extendiendo el brazo hacia los dos hermanos, ordenó:

— Conducid a esta pareja al *Agujero del Diablo*. Y tenedlos allí encerrados hasta que yo regrese, bien vigilados. De ellos me responderéis con vuestra propia cabeza!

Fra tan grande el terror que inspiraba Paulovich a cuantos obedecían sus ordenes como verdaderas y miserables esclavos, que ninguno de sus secuaces se atrevió a chistar.

Todos sabían por experiencia que era sus jarcas amenazaba en vano.

Boix y Oiga dejáronse llevar como conducidos por la mano de la fatalidad al mencionado sitio, presentándose ambos para sus adentros por que se le denominaría el *Agujero del Diablo*.

No tardarían en saberlo.

Enos momentos después se hallaban encerrados entre cuatro paredes coccosas alambreadas por varias lámparas de petróleo.

Aquel ancosto encierro, lo mismo que el que ocupaba Carlos Masters, estaba unido por dinamita. Para producir el estallido del terrible explosivo bastábale al fugado diablo tirar de un bramante que colgaba a la entrada de su antro.

Nadie, empero, crecía en detalle a excepción del infame Paulovich y del falso diablo.

— ¡Dentro de un par de horas saldré de regreso! — se despidió Paulovich del viejo —. ¡Si ocurriese algo contrario a mis ordenes y deseos, ya sabes lo que tienes que hacer!

— ¿Tirar de aquel alambre? — inquirió el supuesto diablo sonriendo de un modo espantoso.

— Exactamente.

Pronunciada esta respuesta, Paulovich salió del antro, bien apeno a pensar en la sorpresa que le daría a su regreso.

III

Afirma un sabio refrán que en este mundo no hay enemigo pequeño, y el acierto y verdad de esa sentencia popular, quedaron bien demostrados en los auténticos hechos que estamos refiriendo.

Al marcharse de la madriguera el miserable Paulovich, tenía por descontado que cuando a ella regresara, el prisionero, incapaz de sufrir más tiempo el tormento a que lo condenaba su postura, habría hecho estallar, haziendo los brazos, el terrible artefacto situado encima de su cabeza.

Por un milagro de la voluntad, nuestro amigo pudo soportar durante dos angustiosas horas el suplicio a que lo habían condenado, al que pondría fin una muerte horrible.

El desgraciado e indomable mozo casi no abrigaba ya la más leve esperanza de salvación.

Sin embargo de estar convengido de su próximo fin, ni siquiera cruzó por su cerebro la idea de implorar piedad y misericordia, al perecer acausado de su hermano.

Esperaría, pues, sin exhalar una queja ni pronunciar un ruego, hecho pedazos.

Estas eran las reflexiones que a sí mismo se hacía el prisionero, cuando su fino oído permitió el leve

rumor de unos pasos caudos y cor-
tos.

Entonces, animado todo su ser
por una indefinible esperanza, en-
foco su ansioso mirón en la di-
rección de que procedía el ruido.
y... ¡cuál no sería su asombro y al
mismo tiempo su júbilo al divisar
la figura de Pedrito!

— ¡Vengo a salvarte, querido! —
dijo el muchacho con voz radiante
de alegría. — ¿Qué debo hacer?

— Acércate, niño querido, y cor-
ta la cuerda que hay encima de mis
manos... Pero no te sueltas de mis
brazos... ¿comprendas?

— ¡Sí, hijo mío!

Y con una agilidad asombrosa,
Pedro trepó por la abrazta y rorosa
pared, con un pequeño cuéclito
entre los dientes.

Una vez encaramado a la suf-
iciente altura, sosteniéndose agarra-
do a la pared con la mano izquier-
da, cortó con la otra, armada del
pequeño útil, la cuerda fatal.

Luego hizo mismo con las que
sujetaban las muñecas del prisionero.

— ¡Libre! — exclamó este exultan-
do un profundo suspiro. — Ahora
podré vengarme! ¿No te ha visto
nadie?

— No, hijo!

Carlos dió un fuerte abrazo con-
tra su corazón al valiente muchacho
y luego lo besó repetidas veces, sin
pronunciar palabra, porque tan
interesado era su emoción, que no
hubiera podido hablar sin hacer.

— ¿Y nuestros amigos? — pregun-
tó al cabo de unos instantes, cuando
se hubo librado de las ligaduras
que sujetaban sus pies.

— Están en poder de aquel hom-
bre!

— ¿Panlovich?

— Sí.

— ¿Está ese infame aquí?

El muchacho hizo un gesto afir-
mativo.

— ¡Ah! ¿Cómo conseguimos un
revólver? — murmuró Carlos Mas-
ters con acento desesperado.

Pedrito le dió unas cuantas pa-
labras al oído. El guapo semblan-
te de nuestro amigo resplandeció de
júbilo, oyendo lo que aquel le co-
municaba.

— ¿Cuánto adonde está ese cer-
tinola?

— Sígueme, hijo Carlos.

Entretanto había regresado Pan-
lovich, y luego de cerciorarse de
que durante su ausencia no había
ocurrido novedad alguna, ordenó a
uno de sus cómplices que fuese en
búsqueda de la hermosa Ota.

Cuando esta compareció ante él,
le preguntó:

— ¿Qué has decidido? ¿Accedes
a ser mi esposa?

— ¡Jamás! — repitió la caquetosa
muchacha.

— ¿Entonces prefieres que sucum-
ba tu hermano?

Pálida como un sudario, la in-
feliz se quedó mirando a su ventu-
roso con los ojos agrandados por el
horror.

Satisfecho del efecto que habían
producido sus palabras, el misera-
ble añadió:

— ¡Sí, tu hermano muera! Tu
hermano sólo... porque tú habrás
de ser mía a la fuerza... Y des-
pués...

— ¡Maldición! ¿Qué significa esto?

El misero profirió estas pala-
bras al mismo tiempo que una voz
sostenida y autoritaria decía:

— ¡Manos arriba, asesino!

Un fantasma no le hubiera infun-
dido más espanto que el ver a Car-
los Masters, acompañado de Boris
y de tres acémilas, apuntándoles con
sus revólvers.

— ¿No le confiaban sus ojos?
— Aquellos hombres que siempre lo
habían obedecido y temido como
esclavos se rebelaban contra él, li-
berándolo al prisionero?

Así era en efecto: Carlos Masters
había obrado aquella especie de mi-
lagro, infundiendo en aquellas al-
mas creyentes y encerradas, un
vestigio de honradez y dignidad.

Momentos antes, había oído co-

no me era tallo el vigilante de la Baza, quedándose otros cuantos pacíficos y aguardando el resolver.

— ¡No me mate usted! ¡incluía el veneno cantando! — Perfidemente la vida y la obediencia... ¡De aquí me voy con mi compañera y no volvíamos a Paulovitch!

— ¡Y la obediencia y secundáis en sus crímenes!

— ¿Por miedo! ¡Nos tiene aterrados... pero le aborrecimos!

— Pronto lo sabré! ¡Y si es cierto para todos vosotros os heindado el corazón botadura y dignidad!

— Dios maldito desmóe la palabra fuerza y dominadora de Carlos de esta a aquellos cobardes a rebelarse contra el malvado Paulovitch...

— Eso no acababa de dar crédito a lo que veían sus ojos...

— ¡Mald a ese hombre en conciencia ni corazón, a sus crímenes, a su criminalidad! ¡Cuchillo Carlos sin el... de encadenar al arma contra el malvado de su hermano... Debería haber a la humanidad abiera mudo de un espel tan patzidos, arrojándole a balazos, pero no

quiso tomarse la justicia por mi mano!

— ¡Ay, mismo será entegado, junto con este horrible viejo afundido señalando al falso afundido convencionalmente arretratado por uno de los antiguos secuaces de Paulovitch, al afundir más cercano, y no había justicia en la tierra si antes no acababan su criminal existencia en la haza.

— En cuanto a ustedes, amigos míos... añadió dirigiéndose a Sozia y Olga..., ya están libres de sus verdagos y han recobrado lo que se sirvo... ¡Que sean felices! Yo, cumplida mi misión, no tengo nada que hacer aquí.

— ¡Se aquiesca, señor! — intervino Olga con los ojos suplicantes, arrastrando de lágrimas... ¡Usted tiene que recompasar nuestra ventura y nuestra rapina?

— Y era tan penitenciaría y amando la mirada de aquellos duros ojos de mujer, que Carlos Mateos sintióse prisionero de su dureza y su ternura.

— ¡Y prosiguió cantando!

FIN

LA SIGUIENTE NOVELA DE ESTA PRECIOSA COLECCION

EL REY DE LOS JINETES

SE PONDRA A LA VENTA LA SEMANA PROXIMA

LAS GRANDES OBRAS MODERNAS - Publicación periódica

Calle de Llaneros, 108 - BARCELONA

Editor: GUILLERMO VILLER. Dirección: 222 - Barcelona